

Los rituales con el mar

EN *Maya*, una novela mía recién publicada, uno de los protagonistas tiene un comentario incidental para la fiesta veneciana que durante siglos, en el día de la Ascensión, solemnizó con pompa de efemérides nacional, las riberas del Lido.

Refiriéndose a este acontecimiento, el protagonista a que aludo dice estas palabras: «En la Edad Media, hasta fines del siglo XVIII, los venecianos no sabían por qué el Gran Dux se embarcaba anualmente en una galera llamada *Bucentauro* y haciéndose conducir a lo largo del Lido, arrojaba un anillo entre las olas... ¡Fiesta magnífica aquélla! El Dux, con boato de oro y seda, seguido de la nobleza y de los altos oficiales de la República, montaba en el *Bucentauro*, y al internarse en las aguas, lanzaba su anillo en el líquido elemento, pronunciando estas palabras: «Desponsamus te, mare, in signum vere perpetuique dominii...» (1).

El conocido periodista don Misael Correa Pastene, refiriéndose a estas líneas en una revista santiaguina, las desmintió. Yo, en respuesta, me afirmé en lo dicho por boca de uno de mis personajes; y el crítico, a su vez, en un segundo artículo, sostuvo sus opiniones.

Le pertenecen las palabras que siguen:

«Las bodas del Dux de Venecia con el mar Adriático se hicieron anualmente el día de la Ascensión del Señor con gran pompa y asistencia de pueblo desde 1177, en que los venecia-

(1) «Maya». —Págs. 68 y 69.

nos derrotaron con sólo treinta galeñas una flota de 75 de Federico Barbarroja en las costas de Istria. Los venecianos sostenían la legitimidad del papado de Alejandro III contra el fraudulento Víctor IV, amparado por Barbarroja.

«En agradecimiento, el Papa envió al Dux, que lo era Sebastián Ziani, un anillo de oro para su desposorio con el mar Adriático, en que Venecia dominaba. En la bula le decía: *Recibidlo de mí como un signo de imperio sobre el mar; vos y vuestros sucesores casaos con él todos los años, a fin de que la posteridad sepa que el mar os pertenece por derecho de victoria y debe estar sometido a vuestra República como la esposa lo está a su esposo.*

«Al mismo tiempo concedió al Dux otros signos honoríficos: el de llevar delante de sí un cirio encendido, una espada, un quitasol, un sillón, un cojín tejido de oro, trompetas y banderas; todos estos signos representativos de autoridad, muy estimados en esos tiempos de ostentación en que el poder se decoraba pomposamente a los ojos de la multitud.

«Y John Ruskin, que ha escarbado en los viejos cronicones venecianos, al escribir *Las Piedras de Venecia*, y el conde Darn (*sic*), en su magnífica historia de la reina del Adriático publicada en la primera mitad del siglo pasado (1838), dicen que este casamiento ideal fué la principal y más fastuosa de las fiestas venecianas y sólo terminó después de la toma de Venecia por Napoleón (1797). Como a fiesta oficial, eran invitados el Nuncio de Su Santidad, los diplomáticos, la nobleza y el pueblo...»

Hasta aquí don Misael Correa. Como puede comprobarse con los párrafos que vengo citando, el punto en discrepancia entre el señor Correa y el protagonista de mi novela podría sintetizarse de la siguiente manera: «El señor Correa afirma y el otro niega, que las nupcias del Dux con el mar Adriático, celebradas anualmente en Venecia, tuviesen un origen *conocido*.»

Trataré de convencer al crítico de que está en error. Desde luego, y por vía de curiosidad, llamaré la atención a sus referencias: O yo estoy muy equivocado, o Ruskin, en *Las Piedras*

de Venecia, no habla de la ceremonia que nos preocupa. He revisado detenidamente esta obra en una edición inglesa y en su traducción castellana, y no encontré nada que se relacionara con la fiesta del *Bucentauro*. Aunque Ruskin no es autoridad en temas de crítica histórica, me agradecería que el señor Correa diera la página y la edición de la cual obtuvo sus datos.

Por otra parte, he consultado diversas Bibliografías de Historia y no tuve la suerte de encontrarme con el nombre, mucho menos con la obra, del conde *Darn*. Por lo que infiero que este debe ser un error de imprenta o que el señor Correa en vez de escribir *Daru*, apuntó ese nombre anglo-sajón. Pero, aun explicado de este modo el equívoco anterior, siempre quedarían faltas graves por corregir.

Pedro Antonio, conde de *Daru*, nació en Montpellier el 12 de Enero de 1767 y murió en París el 5 de Agosto de 1829. Su *Histoire de la République de Venise*, la dió a la publicidad 10 años antes de su muerte, es decir, en 1819. Pues bien, el señor Correa Pastene nos cuenta de una obra «publicada en la primera mitad del siglo pasado (1838)...

En qué quedamos, ¿*Darn* o *Daru*? Si es *Darn*, le agradecería a mi contrincante que me diera algunos informes sobre este historiador, su nacionalidad, el pie de imprenta de la obra y la página. Y si es *Daru*... ¡Ah! si es *Daru*, la cosa cambia.

Tengo sobre mi mesa los volúmenes de la *Histoire de la République de Venise*, y, como en el caso de Ruskin, lo he revisado cuidadosamente, sin encontrar nada de lo que afirma mi bondadoso amigo. Aunque, sin duda alguna, no debo achacarle culpas; porque la persona a quien acude el señor Correa «publicó su obra en 1838» y *Daru* murió en 1829. ¡Mal podía el conde famoso escribir una obra después de muerto!

Pero, suponiendo que existiese el Conde *Darn*, lo único que haría—según el testimonio del señor Correa—es repetir una de las interpretaciones de la leyenda. Bien. Puede que él la creyera: pero en ese caso, hay muchos que no la aceptan y que, sin entrar en los detalles de la exégesis, adoptan, sin embargo, una actitud más lógica: dudan.

No como valor de autoridad, sino como simple comprobación de lo que acabo de decir, copiaré más adelante párrafos de una obra que trata de Venecia, escrita por don Rafael Errázuriz Urmeneta, ex-Embajador de Chile ante la Silla Apostólica. Pero será preciso que anticipe una nueva rectificación; la leyenda, en su forma más conocida, es anterior al papado de Alejandro III. Hácenla remontar al año 1000, por los tiempos de Pietro Orseolo, *doge* impuesto por el pueblo en lugar de Pietro Candiano, a quien la multitud, cansada de los abusos que cometía, asesinó en su propio palacio.

A pesar de lo dicho, el señor Correa tiene algo de razón. Equivocadamente quiso aludir, tal vez, a la *confirmación* de esta ceremonia, que se atribuyó al Pontífice ya mencionado. Oigamos al señor Errázuriz Urmeneta:

«...Tenemos que desde los primeros años del siglo XIV. el dux veneciano se embarcaba en el Bucentauro el día de la Ascensión, con el fin de celebrar sus bodas con el Adriático, y que ésta fué una de las fiestas más pomposas, y acaso favorita, entre los habitantes de la laguna. Describenla numerosos cronistas de diferentes épocas, habiendo recordado los más antiguos de ellos *una leyenda popular* de cómo el Papa Alejandro III, al residir en Venecia cuando preparaba su reconciliación con Barbarroja, confirmase solemnemente esta investidura del Adriático. *Lo cual parece ahora que no pasa de fábula inventada por la imaginación de ellos mismos*» (1).

Ahora, entrando en el terreno exegético, no sería difícil restarle toda firmeza a esta leyenda y aun llevar a personas al punto de vista contrario, si ellas—como en el caso del señor Correa Pastene—poseen por su fe católica buena base de credulidad ortodoxa.

Las nupcias con el mar, no pertenecen al ceremonial moderno; es un ritual pagano con antecedentes históricos precisos que luego traeré a memoria.

Esto obliga a meditar seriamente. ¿Pudo un Papa de la agu-

(1) R. Errázuriz U.: «*La Ciudad de los Dux*» T. I, p. 213; Roma, 1917.

deza y pasión dogmática de Alejandro III, instituir una ceremonia de apariencia pagana? No hay un caso en el Gobierno de la Iglesia que lo justifique. Cuando en los orígenes del catolicismo, la costumbre fué superior a la ortodoxia, la Iglesia simplemente se apoderó de la ceremonia y la cristianizó. Vestuario, lámparas, mitras, sedas imperiales, fuego sacro, fórmulas misteriosas, caían como una preciosa herencia ornamental, desde los brazos rotos de los ídolos de mármol, a la hierática procesión del sacerdocio triunfante.

No es para escandalizar a nadie. ¿Acaso el cristianismo no recibió de la Filosofía Antigua los dogmas de la Trinidad, del Logos o del Verbo?

No; Alejandro III no pudo instituir la ceremonia a que nos hemos venido refiriendo; sólo pudo adaptarla, confirmarla. Las nupcias del Dux con el Adriático son anteriores a este pontificado, y continúan, seguramente, un curioso ritual pagano que se repite en numerosos pueblos de la antigüedad.

Recordemos el respeto supersticioso que siempre tuvieron los hombres por el mar. Frente a él, la fantasía humana se despliega sin límite y cobra brillo inusitado. No es el océano una fuerza ciega de la Naturaleza; es una divinidad, un ser consciente y personal; o bien, la morada de genios y de dioses.

Las tempestades avasalladoras crean monstruos furiosos y desmelenados; las aguas en calma engendran seres de ensueño y melancolía. Son cortes mágicas donde, armoniosamente, lo Terrible busca las compensaciones de lo Bello: desafiando a las divinidades que devoran el cuerpo de los náufragos, las formas delicadas, ágiles, de las oceánides y las nereidas; compensando el horror de los huracanes marítimos, la silueta legendaria de los tritones, que pacifican el viento al son del retorcido caracol y arrastran el carro neptuniano sobre la espuma de las ondas, al trote de innúmeras cuadrigas de caballos azules.

He aquí el tesoro que nos da el acervo mitológico. Releamos las tradiciones milenarias de la India, de Asiria, de Egipto, de Grecia. Sobre todo de Grecia. Es posible que, haciéndolo,

muchos recuerden el verbo cálido de Renan: «El país que elevó a Filipo de Crotona a la categoría de los semidioses por ser el más hermoso de los helenos de su tiempo, es el mismo que para expresar la campiña representa a un fauno; para significar una fuente, un lugar de sombra, de agua, de verdura, figuraba una cabeza de mujer con peces en torno a los cabellos; y que no hallaba mejor epíteto para calificar a un río que el de *kaliparthenos* (el de las bellas vírgenes), por la blancura de las olas, las cuales, para su imaginación, resolvíanse en hermosas y jóvenes doncellas.»

Lanzar objetos al mar, y aún seres humanos en señal de alianza o para calmar la furia de las aguas, es rito que practicaron casi todos los pueblos de la Antigüedad, y en edad más moderna, ciertas agrupaciones inferiores.

En el Libro de Jonás, por ejemplo, encontramos rastros inconfundibles de que ésta fué una costumbre arraigada entre los navegantes orientales:

«Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová a Tarsis; y pagando su pasaje entró en él, para irse con ellos a Tarsis de delante de Jehová.

«Mas Jehová hizo levantar un gran viento en el mar, e hizose una tan gran tempestad en la mar, que pensóse que se rompería la nave.

«Y los marineros tuvieron miedo, y cada uno llamaba a su dios: y echaron de la nave los enseres que había en la nave para descargarla de ellos. Jonás, empero, se había bajado a los lados del buque y se había echado a dormir.

«Y el maestre de la nave se llegó a él y le dijo: ¿Qué tienes, dormilón? Levanta y clama a Dios; quizá Él tendrá compasión de nosotros y no pereceremos.

«Y dijeron cada uno a su compañero: venid y echemos suertes, para saber por quién nos ha venido este mal. Y echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás.

«Entonces le dijeron ellos: Decláranos ahora por qué nos ha venido este mal. ¿Qué oficio tienes, y de dónde vienes? ¿Cuál es tu tierra y de qué pueblo eres?

«Y él les respondió: Hebreo soy, y temo a Jehová, Dios de los cielos, que hizo la mar y la tierra.

«Y aquellos hombres temieron sobre manera, y dijeronle: ¿Por qué has hecho esto? Porque ellos entendieron que huía delante de Jehová, porque se lo había declarado.

«Y dijeronle: ¿Qué te haremos para que la mar se nos quiete? Porque la mar iba a más y se embravecía.

«El les respondió: Tomadme y echadme a la mar, y la mar, se quietará; porque yo sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros.

«Y aquellos hombres trabajaron por tornar la nave a tierra; más no pudieron, porque la mar iba a más y se embravecía sobre ellos.

«Entonces llamaron a Jehová y dijeron: Rogámoste ahora, Jehová, que no perezamos por la vida de aqueste hombre, ni pongas sobre nosotros la sangre inocente: porque tú, Jehová, has hecho como has querido.

«Y tomaron a Jonás y echáronlo al mar; y la mar se aquietó de la furia» (1).

Es fácil desentrañar de los versículos anteriores lo que hay de elemento supersticioso, del simple antecedente histórico.

Los marineros *echan la suerte* y Jonás aparece como culpable de la tempestad. ¿Por qué?... Una tempestad, obedeciendo a los fenómenos propios que la rigen, tiene siempre en cualquier parte y en cualquier circunstancia una explicación natural. Pero en la creencia generalizada de aquellos pueblos, una tempestad era un castigo indudable. Ahora bien, en el caso de un conglomerado tan pequeño como debió ser el que tripulaba esas débiles barcas de los albores de la civilización, era necesario deslindar las responsabilidades.

Jonás confiesa esa responsabilidad y él mismo determina que debe ser echado al mar; así las aguas calmarán su furia.

No hay duda que el profeta hebreo conocía situaciones análogas, procedimientos similares ejecutados a través de largos

(1) Jonás; Cap. I, vs. 3-15.

años por la superstición marítima de los navegantes orientales. «Tomadme—dice—y echadme a la mar, y la mar se os quietará: porque yo sé que por mí ha venido esta gran tempestad sobre vosotros.» Tiene la conciencia de su falta y *sabe el castigo* que merece: que lo arrojen al mar. Porque ateniéndonos a la letra la proposición siguiente es indiscutible: Jonás debía, sin ninguna otra transacción, ser arrojado al océano.

En vano los marineros, para salvar al profeta, tratan de corregir rumbos y llevar la nave a tierra. Trabajo inútil, «porque la mar iba a más y se embravecía sobre ellos». Y sólo cuando el cuerpo del hebreo se hundió entre las olas, «el mar aquietó su furia».

La creencia que analizo podía constatarse en el siglo XVII, con las variantes propias del tiempo y la distancia en las costas de Guinea.

Un día de 1693 en que las aguas se mostraron con extraordinaria violencia, los jefes de tribus aceptando, quizá por insinuaciones extrañas, que era un castigo por el mal espíritu con que miraban a los europeos, se dirigieron al rey, quien los tranquilizó, afirmando que él haría calmarse las olas a la madrugada siguiente. En efecto, ordenó a los sacerdotes que ofrecieran al océano un vaso lleno de miel de palma, un saco de arroz y otro de trigo, una pieza de algodón y muchos otros objetos.

Cumpliendo esta promesa, el Gran Sacerdote, una vez en la playa, dirigió un largo discurso al dios de las aguas, asegurándole que el rey era su amigo y amaba a los hombres blancos; que los jefes de tribus eran personas honradas que traían a su rey lo que éste había menester; que, por tanto, rogaba al mar no se enfadara impidiendo el desembarque de mercaderías. Agregó al dios que, suponiendo que necesitaba de ofrendas, le traía algunas; y junto con decir estas palabras, arrojó en medio de las olas el vaso con miel, el arroz, el trigo y los demás tributos que llevaba (1).

(1) Edward B. Tylor: «La Civilisation Primitive»; T. II, p. 486, C. Reinwald et C., Ed., París, 1878.

Reforzando los ejemplos anteriores, podríamos encontrar rituales de mayor similitud con la ceremonia de Venecia en el aporte legendario de los griegos. Así, el ejecutado por Polícrates, tirano de Samos, y que nos refiere Herodoto con simplicidad encantadora.

Polícrates era aliado de Amasis, rey de Egipto. Este, viendo la fortuna de su amigo, duda de su porvenir, pensando que no hay dicha duradera, y le aconseja que con objeto de equiparar su suerte, se desprenda de algún objeto precioso que le merezca especial estima. «Dígame esto, le dice Amasis en una carta, porque te aseguro que de nadie hasta ahora oí decir que después de haber sido siempre y en todo feliz, a la postre no viniera al suelo con toda su dicha primera. Sí, amigo, créeme ahora y toma de mí el remedio que voy a darte contra los engañosos halagos de la fortuna. Ponte sólo a pensar cuál es la cosa que más estima te merece, y por cuya pérdida más te dolieras en tu corazón: una vez hallada, apártala lejos de ti, de modo que nunca jamás vuelva a parecer entre los hombres. Aun más: te diré que si practicada una vez esta diligencia no dejara de perseguirte con viento en popa la buena suerte, no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto» (1).

Polícrates, impresionado con las palabras de Amasis, decidió desprenderse de la más querida de sus alhajas, «un sello que llevaba con frecuencia, engastado en oro y grabado en una esmeralda; pieza trabajada por Teodoro el Samio» (2) y luego, para llevar a cabo el extraño sacrificio, que sin duda se realizaría con solemnidad de ritual, «ordena equipar uno de sus *pentecónteros*, se embarca en él, dando orden de engolfarse en alta mar, y lejos ya de la isla, quítase el sello de su mano a vista de toda la tripulación y, arrojándolo al agua, manda dar la vuelta hacia el puerto, volviendo a casa triste y melancólico sin su querido anillo» (3).

Cuenta en seguida el historiador de los Nueve Libros, que

(1) Herodoto. 111-40.

(2) Id. 111-41.

(3) Id. 111-41.

el anillo fué encontrado en el vientre de un pez que un pescador regalara al propio Polícrates...

Es claro—y de más está decirlo—que una narración de esta naturaleza, con mayores motivos que cualquier otra, debe ser sometida a crítica estricta. Salomón Reinach, el agudo erudito y exégeta francés, induce que Herodoto no ha comprendido—y esto se explica perfectamente—la fórmula ritual ejecutada por el tirano de Samos. Y agrega con justeza que la historia del pescado es a todas vistas un cuento (1).

Queda, sin embargo, en pie un hecho fundamental y otro complementario, aun que no menos importante: Polícrates, poderoso señor de los mares—*talasócrata*, como decían los griegos, hacía internar en el océano y arrojaba un anillo entre las ondas, tratando de evitar, con el sacrificio de una prenda querida, futuros daños en su persona y en su poderío. Y que esta ceremonia celebrábase con cierta periodicidad; anualmente, quizá. Así, por lo menos, lo deja entender la carta atribuida al rey de Egipto: «si practicada una vez esta diligencia—le insinúa al tirano de Samos—no dejara de perseguirte con viento en popa la buena suerte, *no dejes de valerte a menudo de este remedio que aquí te receto*».

Debió de ser éste un rito igual al que siglos más tarde ejecutaron los Dux de Venecia, al que una de las variantes de la leyenda trata de vincular con una pretendida bula de Alejandro III; como la buena fe de Herodoto trata de unir una fantasía de folklore—como es la del pez que se tragó el anillo—con una incierta carta de Amasis; sin adivinar, siquiera, tras el aparato tradicional, los motivos de una ceremonia religiosa de raigambre milenaria que, en una u otra forma, se encuentra desparramada en diversos pueblos de la tierra.

Acaso sería oportuno recordar aquí, como consecuencia a estas últimas reflexiones, el aforismo regocijado de Nietzsche: «*Sabemos perfectamente decir mentiras.*—Así cantaron antiguamente las musas, cuando se revelaron a Hesíodo.—

(1) Revue Archeologique. T. II, p. 10. Paris, 1905.

Se hacen descubrimientos importantes cuando se considera al artista como mentiroso.»

Verdad. Don Misael Correa ha pecado como Hesíodo, dándole crédito a las Musas.

¡Oh, fantasía, madre de los poetas y de los historiadores de antaño!